

qué te quiere menos? ¿Qué quieres que haga yo? No quiero que estés sola esta noche, si no eres feliz... ¿Quieres que me quede contigo?... Le diré...

AGLAVENA

Anda, anda... date prisa, Seliseta... Nunca seré más feliz que esta noche...

Se abrazan en silencio, y salen, cada una por su lado.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

En el parque.

Entran Meleandro y Seliseta

SELISETA

Perdóname, Meleandro; quisieras estar solo. Soy siempre para ti causa de tristeza; pero me iré en seguida... Salgo de la habitación de Aglavena... Ya duerme, y le he dado un beso en los labios, y aunque las estrellas iluminan todo su lecho, no se ha despertado... No te detendré mucho tiempo, y ahora mismo iremos a despertarla, porque llora en sueños... no me he atrevido a despertarla sola... pero quisiera hablarte de una cosa... aún no sé si tengo razón ó no, ni si está bien ó mal... á Aglavena no puedo preguntárselo; pero tú me perdonarás también si me engaño.

MELEANDRO

¿Qué ocurre, Seliseta? Ven aquí, á este banco, y siéntate sobre mis rodillas. Acariciaré tus cabellos mientras me hablas; no me verás y no tendrás miedo... creo que algo te pesa sobre el corazón...

AGLAVENA

No es sobre el corazón... es sobre mí... no puedo decir dónde... acaso sobre el alma... es algo que pesa y que hace comprender... ¿qué?... aún no sé nada, pero soy más feliz que cuando no sentía pesar nada sobre mí...

MELEANDRO

Has cambiado mucho, Seliseta... y también yo tenía que hablarte... Ya no encuentro tu expresión de otras veces..., y las pobres flores de tus mejillas ya no reviven ni bajo mis besos... En otro tiempo te reías cuando te besaba así...

SELISETA

En otro tiempo reía más á menudo, pero ahora soy mucho más feliz.

MELEANDRO

No lo sé, Seliseta... A veces sucede que el alma se cree feliz cuando el corazón ya no puede más... Pero dejemos todo esto, y dime antes qué es lo que te atormenta esta noche.

SELISETA

Aglavena se marcha...

MELEANDRO

¿Aglavena? ¿Te lo ha dicho?

SELISETA

Si.

MELEANDRO

¿Cuándo?... ¿Y por qué se va?

SELISETA

No me lo ha dicho... Pero es seguro que se irá, puesto que cree hoy que eso es lo que debe hacer..., y por eso yo me pregunto si no es preferible que sea yo la que me vaya...

MELEANDRO

¿Tú?... Pero ¿qué ha sucedido?

SELISETA

No ha sucedido nada; y te suplico que si no quieres que llore sin motivo, no hables de esto á Aglavena... Pero, mira, Meleandro, yo también he reflexionado mientras vosotros estabais juntos, mientras estaba yo esperando junto á la abuela... y cuando volvíais tan feli-

ces, tan unidos que todos se callaban, á pesar suyo, cuando os acercabais... me lo he dicho á mi misma muchas veces... Yo no soy sino una pobre cosa que jamás podrá seguiros... pero habéis sido siempre tan buenos para mí, que he tardado mucho en verlo... y muy á menudo queriais llevarme con vosotros porque yo estaba triste... y cuando os acompañaba parecía que estabais más alegres que de costumbre; pero vuestras dos almas ya no tenían su felicidad, y yo era entre vosotros como una extraña que tuviese frío... y, sin embargo, no era culpa vuestra, ni era tampoco culpa mía... ya sé que no puedo comprender... y, sin embargo, sé que es preciso que se comprenda.

MELEANDRO

Querida, querida y buena Seliseta mía, Aglavena tiene razón, y yo no sabía que eras tan pura... Pero ¿qué crees no comprender? ¿Crees tú que nosotros comprendemos algo que tú no comprendes? ¡Ay de mí, Seliseta! La diferencia es tan pequeña en el fondo de las cosas, que no sabría uno decir por qué razones ama. Pero si es posible que tú hayas dicho lo que acabas de decir, ya no tienes necesidad de comprender; yo solo he sido quien no comprendía...

SELISETA

No, no, Meleandro; no hablas tú, habla tu bondad... Yo sé de sobra cómo hay que ser, y, sin embargo, no podría nunca ser lo que sois vosotros...

MELEANDRO

No te reconozco, Seliseta, y no había visto nada... no sé de qué cielo descendes cuando hablas así.

SELISETA

Desciendo de Aglavena, Meleandro...

MELEANDRO

Todos descendemos de Aglavena, hija mía; una vez que hemos conocido la belleza, no tenemos otro origen que ella... Pero ¿crees tú, Seliseta, que haya gran diferencia entre tu alma y la de Aglavena?

SELISETA

Si; creo que la hay muy grande...

MELEANDRO

Yo no lo creo, y cada vez lo creo menos cuando puedo entrever todo lo que se ocultaba bajo tus risas de niña... Siempre se acerca uno á las almas que saben manifestarse, y deberíamos aprender que las que no se manifiestan son tan nobles como las otras, y acaso más... puesto que no sospechan lo que son...

SELISETA

No, no; por mucho que yo hiciera, nunca sería lo mis-

mo, Meleandro... Cuando hago algo que te parece bien es que he procurado imitar á Aglavena...

MELEANDRO

Seliseta...

SELISETA

¡Oh, Meleandro... no he dicho eso para hacerte un reproche!... ¿Lo has comprendido así? Ya no soy como en otro tiempo; ya no haré nunca reproches á nadie. Yo misma no sé qué es lo que me ha hecho cambiar así; y no hubiera creído hace algún tiempo, si me lo hubieran dicho, que iba á ser feliz poniéndome más triste, y que un día llegaría yo á poner mis labios sobre los labios de aquella á quien tú habrías de amar; y, sin embargo, no puedo menos de hacerlo...

MELEANDRO

No sé qué se prepara el cielo á exigir de un hombre cuando le rodea de seres como vosotras...

SELISETA

Yo soy bien poca cosa, Meleandro; pero quisiera ser mejor de lo que soy, y quisiera también que alguien me amase llorando, como lloras tú cuando la admiras.

MELEANDRO

¿De quién hablas?

SELISETA

Hablo de aquella en quien piensas, sin duda, cuando no hablas...

MELEANDRO

Cuando estoy á tu lado pienso en ella, y cuando estoy con ella pienso en ti...

SELISETA

Ya he visto que no era lo mismo, ni eran las mismas lágrimas, Meleandro... Vienen de mucho más lejos que cuando se tiene compasión, y sé que no es posible olvidarlas... Y cuando me dices que me amas, para que esté yo menos triste, no podrías decirme nunca lo que le dices á Aglavena...

MELEANDRO

No sé si te diría las mismas cosas, Seliseta. Nunca decimos exactamente lo que queremos decir, y cuando hablamos profundamente á alguien á quien amamos no hacemos nunca sino responder á preguntas que los oídos no oyen... Y las preguntas que hacen las almas nunca son semejantes..., y por eso es por lo que se diferencian nuestras palabras sin que nosotros lo sepamos... Pero las preguntas de tu alma de niña, Seliseta mía, son tan hermosas como las de Aglavena... Vienen de otra región, y eso es todo... Así es que no te entristezcas... No hay que tener celos de las almas... ¿Crees tú que en el fondo

no te hablo en este momento lo mismo que hablaría á Aglavena?... ¿Crees tú que se puede decir á un ser otra cosa que lo que yo te digo?... ¡Oh, hermosa Seliseta mía! si un ángel del cielo bajase á mis brazos para ocupar tu puesto, no podría abrirle mi corazón más sencillamente ni más profundamente de lo que le abro para ti... Y todo lo demás que sería preciso decir no puedo decirlo aquí abajo... Esperemos, Seliseta; Aglavena se irá ó no se irá; ella sola lo sabe y no se engaña... Pero que se quede ó que se vaya, habrá sabido enseñarme á encontrar tu tesoro y á amarte, por fin, como yo no sabía amar... En todo caso, Seliseta, si es preciso que alguien lllore, aún no eres tú la que debe llorar... Además, ¿crees que podríamos ser felices si te marchases tú, hija mía?... ¿Y crees que una felicidad que estuviese fundada sobre los sufrimientos de un ser pequeño, puro y suave, como tú, sería felicidad duradera y digna de nosotros?... ¿Crees que podría yo abrazar á Aglavena y que podría amarme ella si uno de nosotros aceptara esa felicidad? Nos amamos por encima de nosotros mismos, Seliseta, nos amamos en la región en que somos bellos y puros, y allí es donde te encontramos también á ti, y desde hace algún tiempo, gracias á ti, no es posible que debamos amarte sin verte... Ven, dame un beso... Esta noche te beso sobre tu alma, Seliseta... Ven; creo que es media noche. Vamos á ver si el ensueño de Aglavena llora aún á través de su sueño...

Salen abrazados.

ESCENA II

Habitación en el castillo.

Entran Aglavena y Meleandro.

AGLAVENA

¿Oyes esa puerta que se cierra?

MELEANDRO

Si.

AGLAVENA

Es Seliseta... Nos ha oído y quiere dejarnos solos...

MELEANDRO

Me había dicho que iba á subir á su torre esta mañana; le habían hablado de un pájaro grande y extraño...

AGLAVENA

Estaba aquí; estoy segura de ello, y toda la habitación parece que está esperando su vuelta... Mira los objetos menudos de su trabajo que ha dejado en el poyo de la ventana... Las madejas de seda, los hilos de oro y de plata, las perlas y las piedras...

MELEANDRO

Y he aquí su anillo, en que están escritos nuestros nombres... Aquí hay violetas, aquí está su pañuelo...

Coge el pañuelo y se estremece al tocarlo.

¡Ah!...

AGLAVENA

¿Qué pasa?

MELEANDRO

Alargándole el pañuelo.

Toma...

AGLAVENA

¡Ah!

MELEANDRO

Ha guardado para nosotros el calor de sus lágrimas...

AGLAVENA

Ya lo ves, puesto que ella no habla, las cosas más pequeñas van á hablarnos en su lugar para decirnos que ya es hora... *Cogiendo el pañuelo.* Dámele; pobre testigo de todo lo que se nos oculta... habría que estar muerta para no comprender...

MELEANDRO

Aglavena...

Quiere abrazarla.

AGLAVENA

No me abrases hoy. Amala mucho, Meleandro...

MELEANDRO

No sé qué creer... A veces me parece que la amo tanto como á ti; á veces que la amo más que á ti, porque está más lejos de mí ó porque es más inexplicable... y después, cuando te vuelvo á ver, todo se borra en torno suyo; ya no la veo... sin embargo, si la perdiese para siempre, jamás podría abrazarte sin tristeza...

AGLAVENA

Harto sé que la amas, y por eso es preciso que yo me vaya...

MELEANDRO

Pero no puedo amarla sino en ti, y cuando tú estés lejos, ya no la amaré...

AGLAVENA

Sé que la amas, y lo sé tanto, que más de una vez no he podido menos de envidiar tu amor á la pobre niña... No me creas perfecta... Si Seliseta no es lo que parecía, yo también he cambiado viviendo entre vosotros... Llegué aquí más cuerda de lo que hay que ser; venía persuadida de que la belleza no debe inquietarse por las lágrimas que se derraman por su causa, y creía

que la bondad no tiene otro guía que la sabiduría... Pero ahora he reconocido que la bondad no debe ser sabia; que vale más que sea humana y loca... Creía yo ser la más hermosa de las mujeres, y ahora he reconocido que los seres más pequeños son tan hermosos como yo, y además no saben que lo son... Cuando miro á Seliseta me pregunto á cada instante si todo lo que ella hace á tientas, en su alma de niña, no es mucho más grande y mil y mil veces más puro que todo lo que yo hubiese podido hacer... Es indeciblemente hermosa; muchas veces lo pienso, Meleandro... No tiene mas que inclinarse para encontrar tesoros inefables en su corazón, y viene á ofrecerlos temblando, como una ciega que no sabe que sus dos manos están llenas de joyas y de perlas...

MELEANDRO

Es extraño; cuando me hablas de ella, á ti sola es á quien admiro y á quien amo más. Nada en el mundo puede conseguir que todo el bien que me dices de ella no recaiga sobre ti. Y aunque un Dios interviniese para lograrlo, nunca podría amarla como te amo...

AGLAVENA

Esa es la injusticia del amor, y si tú me hicieses el elogio de tu hermano, haría sé que aparecerías tú mucho más hermoso á mis ojos... Quisiera abrazarte y llorar, Meleandro... ¿Es, pues, imposible no quererse cuando se quiere uno?

MELEANDRO

Si creo que es imposible; yo también lo he visto hace un momento, cuando hablaba con Seliseta, porque mientras la hablaba sentía yo que el amor no quería depender de lo que estaba diciendo, ni de lo que decía ella, de lo que yo pensaba, ni de lo que pensaba ella...

AGLAVENA

Cuando llegué aquí me parecía que todo era posible y que nadie iba á sufrir... Pero hoy veo que la vida no quiere obedecer á nuestros proyectos más hermosos... Y sé, al mismo tiempo, que si me quedase á tu lado cuando otros sufren por mí, yo no sería la que soy, tú no serías lo que soy, y nuestro amor ya no sería semejante á nuestro amor...

MELEANDRO

Acaso es verdad, Aglavena... Y, sin embargo, ¿no tendríamos razón?

AGLAVENA

¡Ah! ¡El tener razón es tan poca cosa, Meleandro! Creo que vale más no tener razón en toda la vida y no hacer llorar á los que no la tienen... Ya sé todo lo que podríamos decir; pero ¿á qué decirlo, puesto que sabemos que todo ello no podría cambiar en nada una vida más profunda y que no aprobaría ninguna de nuestras bellas palabras?... No escuchemos sino aquello que no sabe ha-

cer frases. Lo que dirige nuestra vida, á pesar de todas nuestras palabras y de todas nuestras acciones, es la sencillez de las cosas; y siempre nos engañamos cuando queremos luchar contra lo que es sencillo... ¡Quién sabe por qué razones nos hemos encontrado cuando ya era demasiado tarde, y quién se atrevería á decir que el destino no es la Providencia!... Hoy escucho á tu alma y á la mía, y todo lo que quisiéramos decir no transformaría lo que siento que están decidiendo ellas dos sencillamente en el fondo de nosotros mismos... En este momento somos tan cuerdos, mi pobre Meleandro, que los que nos oyesen por casualidad se alejarían diciendo: "Estos se aman bien friamente, ó ignoran lo que es el amor verdadero,, porque nos amamos allí donde los amantes de una hora no piensan nunca en amarse...

MELEANDRO

Abrazándola.

Te amo, Aglavena mía; y aquí es verdaderamente donde nos amamos mejor...

AGLAVENA

Abrazándole á su vez.

Te amo, Meleandro, y aquí es verdaderamente donde nos amamos para siempre...

Pausa.

MELEANDRO

Y ahora, ¿has pensado ya en lo que será nuestra vida cuando estemos separados uno de otro y cuando no que-

de de nuestro grande amor sino un pequeño recuerdo, que disminuirá como todos los recuerdos? ¿Qué haré yo aquí el año que viene? ¿Qué harás tú allí el año que viene?... ¿Vamos á cansar los días y los meses alargándonos los brazos en el vacío?... ¡Ay!, no quiero llorar, y por poco que pensásemos en ello, sería preciso que nos abrazásemos hasta rompernos el corazón... Por mucho que nos digamos que nos hemos de amar á pesar de todos los años, los bosques y los mares que estén entre nosotros, hay demasiados instantes en nuestra pobre vida en que el recuerdo más dulce no puede consolar de una ausencia demasiado larga...

AGLAVENA

Bien sé que el saber que nos amamos no ha de consolarnos sino en palabras cuando no nos veamos... Aquí podríamos ser dichosos y allí seremos desgraciados, de seguro... Y, sin embargo, uno y otro sentimos que lo que voy á hacer es lo único que debe hacerse... Tú llorarás largo tiempo, yo lloraré siempre, porque no basta saber que hemos hecho una cosa excelente para que podamos impedir á las lágrimas el subir hasta nuestros ojos... Y, sin embargo, si supieses una palabra que, sin cambiar nada, me impidiese marcharme, no la dirías... Es preciso sufrir lo que los demás ignoran, cuando ama uno así lo que otros no aman... No hay recompensa, Meleandro; pero nosotros no esperamos recompensa...

Salen.